



Mujercitas

Louisa May Alcott

Adaptación de Laura Muñoz Puelles

Ilustraciones de Nuria Díaz



Las cuatro hermanas

—Una Navidad sin regalos no es una verdadera Navidad —se quejó Jo, tumbada en la alfombra de colores desvaídos.

—¡Es horrible ser pobre! —suspiró Meg, mirando con indignación su viejo vestido, gastado por el uso.

—No es justo que unas chicas tengan cosas bonitas y otras no tengan nada —sentenció la pequeña Amy, con expresión de fastidio.

—Tenemos a papá y a mamá, y nos tenemos a nosotras —dijo Beth desde su rincón, en un esfuerzo por animarlas.

Las cuatro hermanas se habían acomodado en torno al fuego de la chimenea. Fuera caía la nieve, y todas, salvo Jo, estaban ocupadas con sus labores de costura.

Por un momento, la idea de sentirse unidas las recomfortó, y sus rostros juveniles se iluminaron. Pero luego Jo negó con la cabeza y añadió en voz baja:

—Papá no está. Y no volverá en mucho tiempo...

Nadie se atrevió a decir «quizá nunca», pero todas lo pensaron. Robert March, el padre, estaba lejos, con los soldados, en el campamento militar o en alguna batalla de la guerra civil que enfrentaba a los estados del Norte con los del Sur. No podían saber su paradero con exactitud porque las cartas tardaban semanas o incluso meses en llegar.

Guardaron silencio mientras lo evocaban.

—Mamá dice que no deberíamos gastar dinero en regalos mientras los hombres están luchando en el frente —dijo Meg, pensativa.

—Dudo que ese pequeño sacrificio sirva de mucho —comentó Jo—. Cada una de nosotras solo tiene un dólar para gastos, y donarlo al ejército no cambiaría nada. Me parece bien que no nos hagamos regalos entre nosotras, pero hay un libro que acaba de salir y que me gustaría tener. ¿Qué tal si nos damos un pequeño gusto? Que cada una se compre lo que le apetezca, disfrutemos un poco. Bastante nos esforzamos, cada una en lo suyo.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Amy con decisión—. No creo que ninguna de vosotras padezca tanto como yo, que aún tengo que ir a la escuela. Me cuesta mucho aguantar las burlas de mis compañeras, que se ríen de mí cuando no me sé la lección y critican mis vestidos raídos.

—Ojalá tuviéramos el dinero que papá perdió cuando éramos pequeñas. ¡Qué buenas y felices seríamos si viviésemos sin preocupaciones! —exclamó Meg, que por ser la mayor recordaba tiempos mejores.

—El otro día dijiste —rememoró Beth— que estabas orgullosa de nuestra familia y que somos mucho más felices que los King, porque ellos se pelean todo el tiempo pese al dinero que tienen.

—Es verdad, Beth. Aunque hemos de trabajar, nos divertimos y somos unas hermanas bien avenidas.

—¡Ojalá fuera un chico! —exclamó Jo—. Odio pensar que he de crecer y llevar vestidos largos, y dejar que me llamen señorita March. ¡Cómo me hubiera gustado acompañar a papá aunque fuese como tamborilero! Así podría estar cerca de él y ayudarlo.

—¡Pobre Jo, qué mala suerte! Siempre puedes jugar a que eres nuestro hermano y no nuestra hermana —se compadeció Beth.

Pese al sencillo mobiliario, la sala de estar era acogedora. Las paredes estaban decoradas con buenos cuadros, los estantes rebosaban de libros y macetas con crisantemos y las rosas de Navidad adornaban las ventanas.

A los dieciséis años, Margaret —o Meg, como todos la llamaban— era una joven de rasgos agradables —una perfecta mujercita, por así decirlo—, con una larga cabellera castaña, los ojos grandes y unas manos muy blancas de las que estaba orgullosa. Su trabajo consistía

en dar clases particulares a los hijos revoltosos de una familia vecina, los King.

Josephine, o sea, Jo, tenía quince. Era alta, delgada y morena. Lucía un aspecto desgarrado, como un potrillo de largas patas que aún no ha crecido del todo. Vestía con ropas holgadas y solía llevar el cabello recogido para que no le molestase. Soñaba con ser escritora, pero se pasaba el día cuidando y haciendo compañía a la tía Josephine, tía del señor March, una anciana caprichosa y muy rica que la tiranizaba.

Elizabeth, es decir, Beth, tenía trece años, los ojos vivaces y las mejillas sonrosadas. Era dulce, tímida y tranquila, y parecía vivir en un mundo propio que solo abandonaba cuando estaba con las personas que quería y en quienes confiaba. Demasiado tímida y retraída para ir a la escuela, estudiaba en casa y se ocupaba de las tareas del hogar con la ayuda de la vieja Hannah, la sirvienta irlandesa, que estaba con la familia desde el nacimiento de Meg.

Amy, la menor, se creía la más importante. Procuraba comportarse siempre como una señorita educada, y sus modales eran un tanto remilgados. Tenía la tez clara, los ojos azules y unos rizos dorados que le caían sobre los hombros.

Atardecía. A las seis, Meg encendió la lámpara y Beth colocó unas viejas zapatillas junto al fuego para que se calentaran.

—Ya están muy gastadas —comentó Jo—. Mamá necesita unas nuevas.

—Se las compraré con mi dólar —dijo Beth.

—¡No, deja que lo haga yo! —rogó Amy.

—Soy la mayor... —empezó a decir Meg, pero Jo la interrumpió.

—Papá me pidió que, en su ausencia, cuidase de mamá. Así que de algún modo soy el padre de esta familia, y seré yo quien se las compre.

—Ya sé qué haremos —intervino Beth, siempre conciliadora—. En vez de gastar el dinero en nosotras, podríamos invertirlo en regalos de Navidad para mamá.

—¡Buena idea! —opinó Jo—. ¿Qué le regalamos?

Reflexionaron durante unos minutos.

—Yo le compraré un par de hermosos guantes —dijo Meg, mirándose las manos.

—Y yo unas buenas zapatillas, las mejores que haya —alardeó Jo.

—Yo le regalaré unos pañuelos bordados —propuso Beth.

—Y yo un frasquito de esa colonia que tanto le gusta —sugirió Amy—. No es muy cara y, si sobra dinero, compraré algo para mí. Quizá una caja de colores Faber. Los necesito de veras para completar mis dibujos.

—Haremos como si fueran regalos para nosotras, y luego le daremos la sorpresa —dijo Jo—. Por cierto, quizá deberíamos ensayar un poco la obra de teatro de Navidad.

—Lo haremos —acordó Meg, que disfrutaba mucho disfrazándose—, pero esta es la última vez que pienso actuar. Ya soy algo mayor para estas cosas.

—Eso ya lo veremos —dijo Jo, que había escrito la obra y se ocupaba también de dirigirla—. De momento, eres la mejor actriz que tengo. Ven aquí, Amy, y repite la escena del desmayo. Procura hacerlo con naturalidad.

—Me cuesta mucho. Nunca he visto a nadie desmayarse, y no quiero llenarme de moratones —replicó Amy, que era la heroína porque, como pesaba menos, el villano podía llevarla en brazos mientras la raptaba.

—Hazlo así —le pidió Jo, e hizo una demostración muy convincente.

Amy intentó imitarla, pero estaba rígida como un palo. Se desmayó muy despacio, para no hacerse daño, y sus gritos pidiendo auxilio sonaron poco creíbles.

Jo gruñó, insatisfecha, mientras Meg se reía a carcajadas y a Beth, que se distrajo, se le quemaba el pan que estaba tostando para acompañar el té.

—No perdamos el tiempo —dijo Jo—. Si eso es lo mejor que puedes hacer, procura no empeorarlo cuando llegue el momento. Vamos, Meg.

La hermana mayor recitó sin interrupciones un largo monólogo, y a partir de ahí el ensayo fue sobre ruedas. Cuando llegó el final y el villano Hugo murió envenenado con arsénico, Beth prorrumpió en aplausos.

—No sé cómo puedes escribir tan bien, Jo —comentó. Meg estaba de acuerdo.

—Es lo mejor que hemos hecho —sentenció.

—Me alegro de encontraros tan contentas —dijo una voz cálida desde la puerta, y todas se dieron la vuelta

para recibir a una mujer robusta, de aspecto maternal, que vestía un abrigo gris y llevaba un gorro pasado de moda—. Hijas, contadme cómo os ha ido el día. Tenía la intención de comer con vosotras, pero no pude. ¡Había tanto que empaquetar! ¡Hay tanta gente necesitada! ¿Ha venido alguien, Beth? ¿Cómo va el resfriado, Meg? Jo, pareces agotada. Ven a darme un beso.

Mientras hacía estas preguntas, Marmee —es decir, la señora March— se quitó el abrigo, cambió los zapatos mojados por las viejas zapatillas y se acomodó junto al fuego. Dejó que sus hijas la atendieran, pusieran leña en la chimenea y prepararan el té.

—Tengo una sorpresa para después de la cena —anunció cuando se sentaron en torno a la mesa, y todas adivinaron qué era.

—¡Carta de papá! —dijeron al mismo tiempo.

—Sí, una carta larga y bonita. Se encuentra bien y se acuerda mucho de vosotras.

—Démonos prisa, pues, y nos la lees —dijo Amy.

—Cada vez que lo pienso —comentó Meg—, me parece más extraordinario que decidiese ir a la guerra como capellán, cuando ya era demasiado mayor para alistarse como soldado.

—¡Pobre papá! —suspiró Amy—. Debe de ser muy desagradable dormir con otros en una tienda, tener que comer cualquier cosa deprisa y corriendo y beber en un cazo de hojalata.

—¿Dice cuándo volverá, Marmee? —preguntó Beth.

—Aún no lo sabe, querida, pero es seguro que pasarán unos meses. Esperemos que no enferme y que no caiga herido.

Con las prisas por terminar, a más de una se le atragantó el té.

—Bueno, venid a escuchar la carta —dijo la señora March, levantándose.

Se sentó en el sillón grande, con Meg y Amy a los lados. Jo se apoyó en el respaldo y Beth se colocó a sus pies.

En su carta, el señor March apenas mencionaba los peligros de la guerra. Describía la vida militar casi con ligereza, como si se hubiera ido de vacaciones con unos amigos y estuviera viviendo una gran aventura. Era una carta alegre y llena de confianza en el porvenir. Solo al final se dejaba llevar por la nostalgia.

Dales a todas mi cariño y mis besos. Diles que pienso en ellas continuamente, que rezo por ellas cada noche y que son mi mayor consuelo. Un año sin verlas parece mucho, pero acabará pasando, y no tiene por qué ser un tiempo inútil. Sé que recordarán todo lo que les dije antes de irme, que fueran cariñosas contigo, que te cuidasen y cumplieran con su deber, y que aprendiesen a conocerse a sí mismas y a controlar sus temperamentos. También sé que con tu ayuda saldrán adelante, y que, cuando vuelva, estaré más orgulloso que nunca de mis mujercitas.



Al oír estas palabras, ninguna pudo contener el llanto. Una lágrima colgaba de la punta de la nariz de Jo, y Amy sollozaba:

—¡Soy una egoísta! Pero voy a esforzarme en ser mejor para que papá no se sienta decepcionado conmigo cuando vuelva.

Meg y Jo también manifestaron su propósito de ser mejores, y Beth lo pensó, pero no lo dijo.

Ayudaron a Hannah a retirar la mesa y luego volvieron a sentarse junto a sus costureros y cosieron sábanas para la tía Josephine. Era un trabajo que solía parecerles aburrido, pero esa noche no protestaron, empeñadas como estaban en ser mejores.

A las nueve dejaron de coser y cantaron un rato antes de acostarse, como tenían por costumbre desde que eran pequeñas. Eran canciones sencillas, que Beth acompañaba con su viejo y destartalado piano. Amy desafinaba como un grillo y Jo se distraía a ratos y equivocaba la letra, pero la señora March y Meg tenían muy buenas voces y estaban encantadas de lucirlas.